



LAS HOGUERAS DE LA INFAMIA

Ruth Moreno Fernández

LAS HOGUERAS DE LA INFAMIA



Primera edición: febrero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ruth Moreno Fernández

ISBN: 979-13-88195-16-7

ISBN digital: 979-13-88195-17-4

Depósito legal: M-4816-2026

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia, por ayudarme a luchar contra los monstruos.

*Porque el alma de toda carne, su vida,
está en su sangre*

Levítico 17:14

El muchacho corría desesperadamente intentando escapar. Sudaba, jadeaba. Sentía que el aire no le llegaba a los pulmones. La garganta le quemaba, su lengua era áspera como papel de lija y la saliva se acumulaba, pegajosa, en sus labios. Sus piernas se estaban volviendo pesadas. No podía más, pero tenía que seguir, tenía que huir. Sabía que estaban cerca, era una certeza que hacía que una descarga de miedo le atravesara la espalda como una culebra sinuosa. Miró hacia atrás y vio que una cerrada niebla se le acercaba demasiado rápido. Intentó seguir adelante, pero por ahí la niebla también le cortaba el camino y en pocos segundos estaba rodeado, metido de lleno en un infierno blanco tan espeso que podía saborearlo. Y sabía a rayos. Se paró entonces, temeroso de seguir sin saber a dónde y escuchó.

Nada.

No se oía nada. Ni un solo sonido sesgaba aquella fría noche. Miró alrededor buscando una salida, pero solo veía niebla; esa maldita niebla que lo rodeaba hasta casi asfixiarlo. Decidió probar suerte y tanteó en el vacío de visión hasta dar con la pared. Pegó su espalda a la piedra y la notó helada. Buscó en su interior el coraje que creía perdido y caminó unos pasos, palpando a su alrededor para no encontrarse con una sorpresa inesperada. El silencio era tal que tan solo escuchaba su respiración.

Se paró bruscamente, le parecía haber oído algo, pero ¿dónde? ¿El qué? Siguió unos pasos más y entonces volvió a escucharlo. Ahora sí estaba seguro; algo se aproximaba a él por su izquierda,

no sabía qué, pero emitía un sonido muy agudo. Apresuró el paso y notó cómo la pared giraba a la derecha; un poco más allá palpó unas rejas. Sabía dónde estaba porque alguna vez había mendigado en esa esquina cuando necesitaba dinero para su mierda. Se apresuraría, quedaba poco para la plaza Mayor y allí puede que hubiera gente, pero otro sonido proveniente de su derecha le hizo parar. Estaba tan asustado que dejó incluso de respirar con la absurda idea de que aquello, fuera lo que fuera, pasara de largo. Miraba a un lado y a otro sin control, temblando, imaginando miles de terribles cosas que pudieran ser el origen de esos ruidos.

Por su derecha el sonido se hizo más claro, unos pasos rítmicos se aproximaban; por su izquierda volvió a escuchar aquel sonido que le helaba la sangre y que recordaba a las uñas arañando una pizarra. Decidido a no morir, sacó una mugrienta navaja del bolsillo de la sudadera interponiéndola entre el ruido y él. Clavó sus ojos en la niebla y esperó sin parpadear.

De aquella cortina blanca brotó una risa gutural, deformada, y solo unos segundos más tarde se empezó a vislumbrar el contorno de un hombre alto y delgado que se acercaba con paso tranquilo.

—¡No te acerques más, hijo puta, o te rajo! —gritó cortando el aire entre ellos con la navaja.

—¿Qué te parece? —preguntó aquella silueta con una voz animal.

—Es asqueroso, pero servirá —contestó otra figura que apareció por la derecha. Su voz era normal, pero tenía un acento extranjero.

—¿Qué queréis, eh? —volvió a gritar el muchacho blandiendo la navaja—. Si es por la pasta, decidle al Chule que se la voy a pagar. El sábado mismo le pago *to'*, ¡joder!

Las dos figuras empezaron a caminar alrededor acercándose cada vez más, como si fueran un par de tigres acorralando a su presa. Sus respiraciones se hicieron más profundas y graves.

—Puedo oler tu miedo —dijo la voz gutural, para luego emitir un sonido mitad gruñido mitad jadeo—. Puedo ver cómo te palpita el corazón.

Y de pronto saltó y le agarró por el cuello sin dificultad; sujetó la mano de la navaja y la aplastó con una fuerza brutal. El chasquido que hicieron los huesos al romperse resonó por toda la calle. Ni un solo grito pudo surgir de la garganta, pues se estaba quedando sin aire.

La niebla empezó a desaparecer, se filtraba por los ojos, la nariz y la boca de los dos entes, y sus cuerpos empezaron a definirse, como si se estuvieran alimentando de ella, hasta que dos hombres tomaron forma. El muchacho empezó a gimotear y se orinó encima mientras sacudía su cuerpo como si estuviera recibiendo descargas eléctricas.

—Has sido un mal chico —dijo el de la extraña voz mientras le olfateaba—, un verdadero desgraciado. Te gusta tocar a las mujeres cuando están drogadas, ¿verdad?

El otro hombre levantó el labio superior mientras abría la boca revelando dos colmillos largos como los de un gran felino. Se acercó al muchacho y siseó como un gato enfadado; le agarró la muñeca rota y le mordió.

Al muchacho le falló la visión y le flaquearon las piernas, pero el firme agarre que tenía alrededor de la garganta hizo que no cayese al suelo. La presión era tal que podía jurar cómo su cabeza se estaba despegando del cuerpo.

—No temas, no vamos a matarte —le dijo el de la voz gutural—. Vivirás toda la vida con el miedo de que volvamos por ti.

Entonces le soltó la garganta y le mordió la yugular.

Unos minutos más tarde los dos hombres soltaron el cuerpo del muchacho, que cayó al suelo como un muñeco de trapo, con apenas fuerza para respirar, y se perdieron por la maraña de callejuelas solitarias.

2

—¿Tienes que ir a trabajar hoy sin falta?

—Claro, mamá, no puedo faltar así porque así —y mientras se esforzaba porque el móvil no se le cayese, Elisa intentaba, sin mucho éxito, guardar la compra.

—¿Te acuerdas de cerrar la puerta por la noche?

—Sí, mamá.

—¿Echas el cerrojo?

—Sí, mamá

—¿Y echas también la cadena?

—Sí, mamá. ¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Nada, se me está cayendo la compra. Oye, mamá, tengo que dejarte, que no voy a llegar al trabajo.

—¡Espera! ¿Vas a venir a comer el domingo?

Elisa puso los ojos en blanco e hizo una mueca de disgusto similar a cuando se huele algo podrido.

—No lo sé.

—Tu hermano y Gloria van a venir también. Así puedes hablar con ella.

—¡Ya estamos otra vez! —Elisa se dejó caer entonces en el sofá, consciente de que la conversación no sería tan corta como ella deseaba. Ya le estaba empezando el dolor pulsante detrás del ojo que aparecía siempre que intentaba razonar con su madre—. Mamá, no puedo recurrir a Gloria cada vez que hay un problema en la ciudad.

—¡Solo te pido que hables con ella! Un poco de información no te vendría mal viviendo sola y ella pue...

—Vale, muy bien —interrumpió ella en un tono irónico, más que harta de la conversación—. Me acercaré a ella y le diré: «Gloria en nombre de la amistad que nos une desde hace tantos años, te pido que te saltes a la torera el secreto de sumario impuesto por el juez y me cuentes todo lo que puedas sobre el caso... Es que, como vivo sola, tengo un poco de miedo...». ¡Dios, mamá!

—¡Pero mira que te pones borde a veces, hija!

—No, mamá, borde no, es que Gloria es policía, no *paparaççi*, no puede ir cotilleando sobre su trabajo.

—Yo solo sé que, según tu hermano, ayer atacaron a otro muchacho, que tú vives sola y que cuando sales del trabajo es ya de noche y tienes que ir sola a casa. Si te molesta que me preocupe por ti, pues lo siento.

—Vale, dejémoslo.

—Es que no entiendo por qué sigues empeñada en vivir tú sola —insistió su madre con firmeza.

—Porque tengo treinta y tres años, un trabajo y una vida propia. Lo normal es vivir por mi cuenta —dijo Elisa con voz calmada. Su subconsciente, por el contrario, gritaba bien alto: «¿Por qué demonios le das explicaciones? ¡Cállate!».

—Con lo bien que estarías en casa conmigo. Las dos juntas —esta vez el tono de su madre era lastimero, como el gemido agudo de un caniche cuando ve a su dueño con una galleta.

—Estoy bien aquí. —Claro, contestarle un «antes muerta que en tu casa» era demasiado directo, por mucho que la voccecita de su cabeza le dijera que esa era la respuesta más acertada para dar.

En ese punto Elisa desconectó de la conversación. Los próximos minutos serían una completa relación de los fracasos y dolores en la vida de su madre y, por extensión, de Elisa y de su hermano. Su subconsciente le decía muy seriamente que cortara ya, que esto no llegaría a buen puerto. «¿De dónde he sacado yo un subconsciente tan equilibrado?», se preguntaba Elisa mientras

seguía con un dedo el dibujo del cojín. «Y ya que pasamos tanto tiempo juntas, debería ponerle un nombre. ¿Sofía? ¿Clara?» .

—¿Hija, me escuchas? Enrique no querría que estuvieras sola...

—¡Basta! —Aquello trajo a Elisa de vuelta a la conversación de la peor manera, como si alguien le hubiera dado una patada en el estómago y sus órganos lucharan por reubicarse—. No vayas por ahí. No intentes manipularme con eso. Estoy muy bien sola y punto.

—Muy bien, vale. Como tú quieras —aunque el tono era completamente desaprobatorio, no afectado—. ¿Me llamarás esta noche para que me quede tranquila?

—No, no lo haré. —Y tras colgar a su madre enfurecida, Elisa tuvo la necesidad de gritar.

Se contuvo. Como siempre.

Lloró en silencio. Como siempre.

«Ya te lo dije», le decía la molesta vocecita de su cabeza, «estas conversaciones no llevan a nada». Elisa decidió qué nombre le pondría a la puñetera voz en su cabeza. Dolores o Angustias. Y solo porque no le gustaban los nombres compuestos, desechó el Tonta del Culo.

Unas horas más tarde Elisa sentía que el tiempo se había detenido en otra aburrida tarde de jueves en la biblioteca. Solo unos pocos estudiantes se quedaban hasta tarde, los demás ya estaban haciendo planes para salir. En algunos bares se celebraban hoy fiestas de carnaval anticipadas, pero lo bueno sería el sábado, cuando habría espectáculos en la plaza de Zocodover y en la del Ayuntamiento. Elisa tenía su disfraz de Obi Wan Kenobi preparado, incluido el sable láser pedido expresamente por Amazon.

Solo había tres muchachos en la sala y ella se aburría tanto que había empezado a contar los libros de las estanterías. Por suerte, alguien la sacó de su ensimismamiento: Gloria estaba en la puerta con una de sus radiantes sonrisas, de esas que le marcaban un hoyuelo en la mejilla izquierda, y apoyaba las manos en las caderas mientras miraba a una Elisa adormilada.

—No me lo digas. Mi madre te ha llamado y te ha rogado que me protejas día y noche del misterioso atacante. ¿Me acerco?

—Ya veo por qué nunca te toca la lotería. No, tu madre no me ha llamado. Vengo por motivos de trabajo. Necesito que me ayudes a encontrar los libros raros.

—¿Libros raros? Una descripción muy erudita, sí señor. Como no te expliques mejor, vamos mal, Gloria...

—Prométeme que no hablarás de esto con nadie, ni con tu hermano. Y menos con la cotilla de tu madre.

—Gloria, me estás dando miedo. —Y no era mentira, después de la charla con su madre al mediodía Elisa no estaba para muchas bromas y, si Gloria parecía tan preocupada, es que el asunto era más importante de lo que parecía.

—Los pelos de punta tengo yo con todo esto. ¿Por qué a los locos no les dará por comer tierra o coserse la boca o hacer punto de cruz? —Gloria se acercó a Elisa y bajó el volumen de su voz hasta ser casi un susurro—. Tienes que buscarme libros sobre sectas, asesinatos rituales, hechos extraños y toda esa porquería.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿Tengo cara de bromear?

—Es que no sé qué decirte. Además, como no seas un poco más concisa, la búsqueda puede ser interminable.

—No te estoy contando esto, ¿vale? —dijo Gloria mientras ambas se sentaban en una mesa apartada de todos los demás—. Ayer apareció otro muchacho herido. Según los médicos, además de una muñeca destrozada y marcas de estrangulamiento, presentaba unas heridas punzantes en el cuello y brazo semejantes a mordiscos. Además, estaba desorientado, diciendo incoherencias, y la exploración y las pruebas médicas apuntaban a una gran pérdida de sangre. Es decir, lo mismo que en los anteriores tres ataques.

—¿Mordiscos? ¿De un animal? —Elisa no entendía qué tenía que ver el ataque de un animal con la investigación de su amiga—. ¿Eso no lo debería llevar el Seprona?

—No. Según los médicos, no pueden ser mordiscos de animal por el tamaño de la mordida y la distancia entre los orificios y otra mierda de ese lenguaje científico —Gloria se acercó aún más a Elisa, que ya estaba levantando una ceja en reproche—. Sí, lo siento. No a todos nos gustan las palabrejas griegas y eso. La cuestión es que al principio pensábamos que podía ser algún caso de consumo de flakka.

—Flak ¿qué? —preguntó Elisa con los ojos como platos.

—F-l-a-k-k-a —le deletreó Gloria—. Es un tipo de anfetamina que produce, entre otras mil cosas, un comportamiento muy violento. La gente que se mete eso puede atacar a los demás mordién-dolos. Parecen extras de *The Walking Dead*.

—Y si sabes que es tema de drogas, ¿por qué me preguntas sobre libros? ¿Y por qué llevas tú la investigación? No eres de estupefacientes.

—Eso es lo que pensábamos al principio. Pero la cuestión es que esos muchachos tienen de todo en la sangre menos flakka y es a ellos a quienes muerden. Creo que es más una marca que deja el agresor, algo que lo identifica. Los agrede, les deja marcas de mordiscos y deja que se desangren, pero como no encontramos toda la cantidad de sangre que les falta por ningún lado, por eso pensamos que puede ser una secta. ¿Lo pillas ahora?

—¿Y dónde está el resto de la sangre? ¿No pueden ser como traficantes de órganos o algo así?

—A estos muchachos les falta mucha sangre, Elisa, no puedo darte cifras exactas, pero no hay tanta en el escenario del ataque. La sangre desaparece. No les atacan para quitarles los órganos, y créeme, esa sangre no serviría para tráfico ilegal. Las víctimas son drogadictos: uno de ellos tiene hepatitis, otro VIH y al que le partieron las rodillas iba a tope de anabolizantes. Esto es como una peli de Tarantino: violencia y sangre.

—No, esto, esto, jesto es Toledo! Algo así ¿aquí? —A Elisa le estaba costando asimilar tanta información. Gloria siempre era directa, pero hoy se había quedado a gusto—. Sí, te ayudaré. Bus-

caré lo que pueda sobre ello. Quizá deberías preguntar también a alguien de la Universidad, un historiador, un antropólogo...

—De momento vamos a mantener esto lo más en secreto que podamos, ¿vale? Eso incluye a tu madre y a tu hermano. ¿Me has oído? Tu madre vería fantasmas donde no los hay y me la veo durmiendo en mi casa, y tu hermano me mata por haberte metido en esto. Elisa, prométemelo.

—Te lo prometo a cambio de que me acompañes a casa. Estoy un poco asustada y tú tienes un arma.

—Anda, tira, cagueta —contestó Gloria con una gran sonrisa.

—Debemos encontrar el cubil, Ángelo.

—¿No podemos parar a comer algo antes? Tengo hambre — preguntó el joven moreno con un meloso acento italiano.

—Tú siempre tienes hambre, eres como un pozo sin fondo.

—Este maravilloso cuerpo no se mantiene solo de sangre — dijo Ángelo mientras se señalaba a sí mismo y ponía morritos.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto? El juego se va a poner en marcha muy pronto y te necesito centrado.

—Henri, funcionaría mucho mejor con algo de azúcar en vena. O con un universitario. Hoy es jueves, esto es como un *buffet* libre. —Ángelo abrió los brazos abarcando la calle porque estaban rodeados de decenas de jóvenes que iban de un bar a otro con enormes vasos de plástico en las manos.

—Primero el cubil —dijo Henri colocando las solapas de su largo abrigo negro.

Los dos hombres caminaron tranquilos por las callejuelas de la ciudad, alejándose cada vez más del bullicio de los universitarios. Llegaron a una parte en la que las calles estaban tranquilas y solo los gatos callejeros se atrevían a salir de sus cálidos refugios. En el recodo de una calle había una puerta de color caoba con un aldabón en forma de serpiente con la boca abierta.

—Lo hemos encontrado —dijo Henri—. La serpiente es su marca.

Empujaron la puerta sin que opusiera resistencia y entraron en silencio. Aquel lugar era viejo y decadente, con una iluminación

pésima y todo el mobiliario de caoba y cuero. En una de las mesas había un par de tipos con pinta de góticos jugando a las cartas; estaban fumando, por lo que el humo formaba una especie de cortina que se elevaba hasta la lámpara de latón que iluminaba la mesa. Detrás de la barra, una mujer con poca ropa se limaba las uñas pintadas de verde lima. Henri ladeó un poco la cabeza y pudo escuchar cómo desde el sótano llegaban gritos de dolor de más de una persona.

—¡Santa Madonna, este sitio es una mierda! —exclamó Ángelo sin poder disimular su decepción y su asco.

Los hombres los miraron con asombro y se pusieron en pie con una actitud amenazadora. Uno de ellos salió corriendo hacia la parte trasera del local y el otro se encaró con Ángelo.

—¿Quién coño eres, gilipollas?

—Paz. Hemos venido a hablar con Hernán —terció Henri.

—No conozco a ningún Hernán. ¿Y vosotros? —preguntó con sorna a otros muchachos que habían aparecido por detrás. Uno de ellos era el que había ido a pedir ayuda, los otros dos tenían la cara y la ropa llena de sangre—. Me parece que os habéis equivocado.

—No. No lo creo —le retó Henri.

—Cabrón de mierda.

Con un solo chasquido de sus dedos, el resto de los jóvenes se apresuraron a inmovilizar a Henri y Ángelo, que no hicieron nada para defenderse, pues parecían disfrutar con la escena. Agarrando a Henri por el cuello, el líder se acercó para mordérselo y entonces retrocedió asustado. Sus compañeros lo miraron con extrañeza mientras Ángelo no podía ocultar una sonrisa burlona. El cuello de Henri mostraba el tatuaje de una cruz templaria en rojo bordeada de negro. La mirada del francés no se apartaba del muchacho, que no paró en su marcha atrás hasta darse con una columna. Con los ojos desorbitados por el miedo, solo acertó a señalarlo con el dedo.

—Son los infames.

Sus compañeros los soltaron como si quemaran y corrieron a esconderse tras su asustado líder.

—¡Qué recibimiento más grato! ¿Has oído, Henri? No nos conocen de nada y nos insultan y amenazan. Eso está muy mal. —Y mientras decía esto, Ángelo movía un dedo de un lado a otro de forma negativa con el mismo tono de voz que emplearía si estuviera regañando a un perro.

Henri se limitó a colocarse el cuello del largo abrigo negro y se acercó poco a poco al tembloroso muchacho que ahora comenzaba a sudar.

—Ve por Hernán. Ahora — gruñó Henri.

El tipo salió corriendo hacia unas escaleras que estaban parcialmente ocultas por un panel de madera oscura. El resto de los jóvenes estaban tan apretujados que sería necesario algún tipo de disolvente para separarlos. Los miraban como si la mismísima muerte, cargada con su guadaña, estuviera a solo dos metros de ellos.

Ángelo, que no soportaba que lo miraran así, se acercó a la barra.

—¡Eh, preciosas! ¿A quién hay que morder aquí para que a uno le sirvan una copa? ¿Tienes AB negativo?

Al ver la expresión de espanto en la cara de la camarera, dejó escapar una sonora carcajada y se volvió hasta colocarse detrás de Henri, que aún permanecía de pie mirando seriamente a los otros.

Un viejo pálido y de pelo canoso entró en la habitación. Se apoyaba en un bastón con cabeza de serpiente que le aliviaba de una cojera de la pierna izquierda. Detrás de él, el antiguo líder del grupo se veía tan valiente como un ratón de campo.

—Me han dicho que era requerido.

—Empieza el teatro —le susurró Henri a Ángelo.

El anciano se sentó en un cómodo sillón abriendo su elegante chaqueta negra con dificultad, pues solo tenía el índice y el pulgar de su mano derecha. La camarera dejó un vaso bajo y ancho con algo parecido a *whisky* en una mesa al lado izquierdo de Hernán.

—¿Y bien? Estoy intrigado por saber qué pueden querer los infames de mí.

El tono del anciano era despectivo, con un regusto de suficiencia que le recordó a Ángelo la forma tan petulante de expresarse de

los aristócratas italianos. Cuando Hernán se limitó a tomar el vaso con resuelto glamur y beber sin apartar la mirada de Henri, tuvo la imperiosa necesidad de apalearlo hasta sacarle la tontería a golpes. Pero no habían venido aquí para eso. Lástima.

—Deseamos presentar nuestros respetos a las familias de Toledo, señor. Hemos pensado que quizá usted, como miembro del consejo, pudiera encargarse de transmitir ese deseo.

—Parece que estáis bien enterados de quién es quién en nuestra comunidad. Interesante.

—Vuestra reputación es bien conocida, señor —contestó Henri con el tono más educado que pudo disimular.

—La vuestra también lo es —cortó Hernán, esperando una respuesta airada de Henri. Al no tenerla, sonrió ladinamente—. Es obvio que informaré al consejo de vuestra visita, pero me gustaría mucho ampliar la información. ¿Puedo saber qué estáis haciendo aquí?

—Estamos de paso. Nos dirigimos al sur. Solo nos quedaremos aquí unos días —dijo Henri de forma muy tranquila.

—¡Ah, pero ese es el problema! —exclamó Hernán mirando a Henri con los ojos entornados—. Tengo entendido que solo son necesarios unos días para que los infames desaten un infierno.

Ángelo podía percibir la tensión que empezaba a acumularse en Henri, pese a que él no daba muestras de ello. Su compañero inspiró profundamente y miró de manera directa al viejo. Le mostró una sonrisa ladeada y habló de manera pausada.

—Tenemos por costumbre defendernos cuando se nos ataca.

—Esa es una respuesta muy escueta para las implicaciones de sus actos, caballero. —Y esa última palabra fue pronunciada con una deliberada entonación de burla. Pero Henri continuaba guardando un pesado silencio. Solo observaba a Hernán, retándolo—. Un silencio muy estoico pero poco inteligente. ¡En fin!

El viejo se levantó y, con el mismo estilo que un lord inglés, se abotonó la chaqueta y se reajustó sus gemelos de oro. Para él, la conversación había terminado. Con una ligera inclinación de la

cabeza, todas las puertas de la habitación se cerraron y se corrieron los pestillos.

—Entenderán que no puedo dejarlos marchar así como así, sin el permiso del consejo. Ante ellos podrán hablar y presentar su defensa por sus crímenes.

—Nos hemos presentado aquí en paz y de forma honorable —dijo Henri de la misma forma pausada y sin levantar la voz—. No hemos cometido ningún crimen y no tenemos ningún motivo oculto para estar en esta ciudad.

—¡Los infames no conocen la paz ni el honor! —respondió Hernán airado y con un destello de ira brillando en sus oscuros ojos—. Nuestra comunidad tendrá el honor de haberos cazado y os haremos pagar por la sangre derramada. ¡Apresadlos!

Los jóvenes que antes habían parecido asustados ahora se colocaban en posición de ataque, con la boca abierta en un rugido y los colmillos alargados.

Sin asombrarse mucho, Henri sacó una espada que llevaba oculta por el abrigo. Era recta y su empuñadura asemejaba una cruz. Unos pasos más atrás, Ángelo sacó de su cinturón dos dagas que más parecían espadas cortas y se puso en guardia.

Los encolerizados muchachos de abalanzaron sobre ellos emitiendo gruñidos. Ángelo, sin apenas impulso, dio un salto de más de dos metros y se encaramó a una de las columnas, sentándose en ella paralelo al suelo. Los jóvenes se pararon asombrados ante la ingravidez del italiano, ignorando que Henri se acercaba a ellos con su espada en posición de ataque. De forma certera atravesó al primero a la altura del corazón. En un ágil y rápido movimiento cercenó al segundo la cabeza, que rodó hasta los pies del anciano. Esperó a que el tercero se diera la vuelta y le propinó un golpe que lo abrió en canal desde la cabeza hasta la cintura. El cuarto, viéndose superado, intentó correr, pero Ángelo cayó sobre él y le clavó las dagas en la nuca.

—¿Eso es todo? —preguntó Hernán con una expresión de hastío en su cara—. Está claro que prefieren morir a ser apresados. Muy bien, sea.

Ángelo sintió un gran dolor en el hombro izquierdo y Henri consiguió evitar que un afilado cuchillo se clavara en su cuello. Todo tipo de objetos punzantes atravesaban la habitación a gran velocidad en su dirección.

—¡Ángelo, ahora! —gritó Henri.

El italiano se quitó un trozo de cristal de su hombro y agarró una de las mesas de madera para ponérsela de escudo mientras colocaba su espalda contra la espalda de Henri.

Así fueron avanzando hasta acercarse a un par de metros de Hernán. Los objetos que estaban tras el anciano empezaron a temblar y se precipitaron contra Henri sorteando a Hernán.

—¡Al suelo! —ordenó Henri mientras daba una patada a otra mesa y la ponía de escudo frente a él—. Uno, dos, ¡tres!

Entonces Henri se convirtió en niebla y Ángelo aguantó con fuerza las dos mesas mientras cuchillos y botellas rotas se clavaban en la madera.

Hernán vio cómo una nube de vapor reptaba por el suelo hacia él. Nada de lo que le mandaba parecía detener su avance, así es que desenvainó una espada estrecha y muy afilada que se ocultaba dentro del bastón. Golpeó con ella a esa niebla que ya rodeaba sus pies, pero aquello no impidió su avance. Los dedos de su mano mutilada se convirtieron en afiladas extremidades con las que también atacó a la nube que se arremolinaba en un punto en el suelo que le obligó a darse la vuelta. Atacó con la cara descompuesta; los labios retraídos, los colmillos enormes y los ojos inyectados en sangre.

Todo cesó de golpe cuando una daga le atravesó el cuello, entrando por la nuca y saliendo por la garganta. El anciano soltó la espada y los dedos de su mano derecha volvieron a su forma original mientras tocaba la punta de la daga, asombrado porque estuviera ahí.

Henri tomó forma y atravesó el pecho de Hernán con su espada; la sacó con un movimiento rápido y contempló como la sangre salía a borbotones del torso, empapando la elegante chaqueta

negra. Hernán boqueó en busca del aire que no le llegaba a sus pulmones encharcados y, con un gemido más animal que humano, el consejero dejó de luchar y cayó al suelo.

—Bebe de él —le ordenó a Ángelo—. Sanarás más rápido.

Henri limpió su espada con un resto de mantel que había tirado en el suelo mientras Ángelo bebía de Hernán.

—Hay que buscar a los humanos que gritaban antes. Creo que están en el sótano —dijo Henri mientras se dirigía hacia allí.

—Deja que lo haga yo —le pidió Ángelo—. Tú puedes buscar por aquí alguna pista; de eso entiendes más.

Ángelo encontró un sótano tallado en la piedra viva. Gracia a la débil luz que emitía la única bombilla, pudo ver dos cuerpos apilados contra una de las paredes, dejados allí como cosas que se amontonan para tirar. Una respiración entrecortada a su izquierda le reveló al tercer humano. Estaba escondido en las sombras agarrando sus rodillas, intentando hacerse pequeño e invisible. El miedo de ese joven impregnaba el ambiente de un cierto regusto a leña.

Con pasos lentos, Ángelo se acercó a él y se acuclilló para mirarlo a la cara. El pobre infeliz tenía la mirada perdida y le castañeteaban los dientes. Tenía dos incisiones en el lado derecho del cuello que aún sangraban.

—Shhh, tranquilo —le dijo Ángelo mientras le sujetaba el mentón para obligarle a mirarlo—. Pronto todo habrá acabado.

—No, no me hagas daño —dijo el muchacho, al que le resbalaban gruesas lágrimas por las mejillas llenas de suciedad.

—Yo no te voy a hacer sufrir.

Con deliberada lentitud, Ángelo giró la cara del muchacho exponiendo el lado izquierdo de su cuello. Allí había una vena que palpitaba de manera irregular y de la que el italiano no podía apartar la vista. Acercó su cara al cuello y aspiró. El olor a sangre hizo que le vibraran las puntas de los colmillos, que se alargaron por la anticipación. Mordió con toda la delicadeza de la que fue capaz y sintió cómo un placer inmenso le recorría el cuerpo por beber esa sangre caliente y viva.

Ángelo cumplió su promesa. El muchacho murió sin dolor.

—¿Por qué has tardado tanto? —le regañó Henri cuando subió—. ¿Había alguno vivo?

—No, habían acabado con todos. No he podido hacer nada.

—Es una lástima.

Henri escuchó como alguien se arrastraba en dirección a la salida. La camarera gritó cuando lo vio acercarse a ella con la espada en la mano y en un último arranque de valor salió a la calle pidiendo auxilio.

—¡Sal a buscarla! —le ordenó a Ángelo—. Yo terminaré esto.

—¿La dejo viva?

—Sí, pero recuérdale que es un regalo.

Ángelo salió a toda prisa a la calle. Llovía con fuerza. Cerró los ojos y se concentró en escuchar cualquier sonido. Desde la izquierda le llegaba en chapoteo rítmico de la frenética huida de la muchacha. Saltó hasta el tejado y se perdió en la noche a toda velocidad.

Gloria caminaba distraída en dirección a Zocodover tras dejar a Elisa en casa después de hablar durante largo rato sobre los ataques. Su amiga no había dejado lugar a dudas: solo un loco podía hacer cosas tan atroces. El problema estaba en que era ella quien debía atrapar a ese loco y, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo, sentía un poco de miedo. Para colmo de males, se había puesto a llover a cántaros y ella sin paraguas. Estaba resultando una semana odiosa. Su marido le había dicho que el sábado no libraba porque las noches de carnaval son un jaleo en urgencias, así es que iría sola con Elisa. No es que no le gustara pasar tiempo con su cuñada, pero deseaba salir alguna vez con Adrián. La cosa estaba difícil. Ella, policía. Él, médico. Los turnos eran otro miembro de la pareja. Plantearse tener una familia era una completa locura.

La voz distorsionada de un hombre por el *walkie* la devolvió a la realidad. Se estaba produciendo un incendio no muy lejos de allí, en la calle Esteba Illán. No estaba lejos, así es que echó a correr por la calle de Alfonso X. A los lejos se escuchaban unos gritos de auxilio. Aceleró el paso y oyó la voz de un hombre muy enfadado

que también gritaba. Cuando estaba cerca de la iglesia de San Ildefonso, descubrió el origen de los gritos. Un hombre alto y moreno acosaba a una mujer que subía las escaleras de entrada a la iglesia y, desesperada, golpeaba la puerta principal pidiendo auxilio, pero el hombre la agarró entonces por las muñecas y la volvió hacia él.

—¡No olvides que nosotros te hemos dejado vivir! ¡Díselo a los demás!

—¡Suéltame, por Dios, suéltame! ¡Juro que no diré nada, lo juro!

—¿Ahora recurras a Dios? ¡Maldita tu alma por toda la eternidad! —y el hombre entonces sujetó la cara de la muchacha con una mano—. Di a los demás que no queremos problemas, pero que, si ellos los buscan, nos defenderemos.

Estaba tan absorto atemorizando a la muchacha que no reparó en que Gloria se acercaba con la pistola en la mano

—¡Suéltala, gilipollas! —le ordenó mientras se situaba a una distancia segura a la derecha del hombre.

—Márchese, señorita, esto no es asunto suyo —le contestó él sin moverse, sin mirarla.

—Soy poli, imbécil, y te digo que la sueltes ¡ya!

Él volvió el rostro y sonrió. Gloria no podía creer lo que estaba viendo. Era un hombre, moreno y atractivo, con ropas elegantes y empapado por la lluvia pertinaz que no cesaba..., pero no era un hombre. Mortalmente pálido, con los ojos de un animal enfurecido, sus labios mostraban una coloración antinatural por los que asomaban dos colmillos largos y afilados. La mano que aprisionaba la cara de la muchacha era casi una garra, con uñas afiladas y los huesos muy marcados. Su respiración emitía un sonido débil semejante a un gruñido y su semblante, a la luz de un relámpago que iluminó la noche, era el de un animal.

—¿Contenta con lo que ve, agente? —le preguntó con voz gutural.

Todos los instintos de Gloria la animaban a huir; algo dentro de ella le advertía de que estaba viendo al Mal en persona. Dio un paso atrás. Luego otro, pero el gimoteo de la muchacha la sacó de

ese trance de terror que había invadido su cuerpo. Se plantó con determinación y agarró su arma con fuerza.

—¡Suéltala! —dijo con más seguridad de la que sentía, pero alguien le golpeó la cabeza por detrás. Gloria cayó al suelo empapado y lo último que vio antes de desmayarse fue como se levantaba una densa niebla.